

Relatos de Ortro

Santiago Rodríguez Camargo



Capítulo 1

Ortro

Ortro es una pequeña y oscura ciudad que se encuentra totalmente rodeada por montañas formando una casi impenetrable barrera de forma circular continua que delimita claramente los terrenos que pertenecen a los particulares ciudadanos de tan anublada urbe. Los gigantescos montes circundantes, que llegan a medir en algunos puntos hasta 800 metros de altura, tienen un efecto especial en el clima de la zona, pues mantiene encerrados constantes vientos que giran una y otra vez en un círculo interminable y que mantienen unas bajas temperaturas que hacen juego con la predominante escala de grises de las paredes y negros rincones creando una inevitable impresión de ciudad perdida y tenebrosa, posiblemente repleta de malignas criaturas y perversos demonios en busca de almas humanas que torturar. Y puede que en gran medida sea así.

Sin embargo cualquiera que se acerque lo suficiente a Ortro podrá llegar a notar que de día se comporta como cualquier otra ciudad pequeña. Llena de habitantes de diversas clases, ideas y costumbres, que viven su vida sin mirar más de lo necesario hacia adelante o hacia atrás, que se dedican casi solamente a sobrevivir de la mejor y más cómoda manera que pueden. Las Grandes Montañas, como ya dije, encierran por completo a la ciudad y la confinan a un terreno limitado, lo que impide por completo la entrada o salida de cualquier persona de los terrenos habitados, en parte por la dificultad evidente que significa el escarpado terreno, y en parte por el miedo que, tanto los de adentro como los de afuera, sienten ante el alto, frondoso e inexplorado Bosque de la Ceguera que cubre toda la superficie de Las Grandes Montañas. Este aislamiento total del resto del mundo ha obligado a los ortromanos a ser completamente autosuficientes y por lo mismo austeros (?). Todos los productos que consume la ciudad deben ser producidos en ella misma, alimentos, vestimenta, utensilios etc.

A las afueras de la ciudad, casi llegando al límite de la montaña se encuentran lo que se denominan granjas. Allí, grandes cultivos de trigo, maíz, olivos y otras plantas productivas, son cosechados y vigilados por pequeñas familias que llevarán, junto con la lana, carne y leche de algunas ovejas y huevos de gallinas, los productos al mercado en el norte de Ortro, donde toda la población se abastece con los alimentos necesarios y demás mercancías diversas.

Quienes habitan en el interior de la ciudad se dedican a oficios diversos, y no es difícil toparse con grandes y oscuros talleres, o ancianos zapateros y herreros reunidos en esquinas, hablando de los oficios de sus gremios. Las joyerías son poco comunes, y sus productos no son nada valiosos, aunque esporádicamente nos encontramos con pequeños puestos de madera en las calles que venden estas y otras baratijas. Los habitantes de Ortro se distinguen por su extraña obsesión con el tiempo, especialmente el tiempo perdido, son como esos hombres grises de relatos antiguos que robaban el tiempo de quienes lo desperdiciaban inútilmente; estos se enfrascan en conservar, administrar y proteger su propio tiempo, los minutos se vuelven más preciosos y brillantes que aquellos rubíes de los estantes. No me refiero en absoluto a que los ortromanos transiten por la vida como lunáticos corriendo de un lado a otro, sin descansar y sin dar paso jamás al ocio o siquiera al sueño, no en absoluto. Si digo que aprecian el tiempo y detestan perderlo, me refiero a que detestan perderlo de forma involuntaria en actividades, conversaciones o cualquier evento que no sea de su agrado. ¿Por qué perder aquél preciado recurso con alguien a quien detesto, o visitando el lugar menos provechoso al que podrían invitarme? ¿Por qué no evitar todo ese tedio y amargura al mismo tiempo que aprovechamos el tiempo en algo realmente importante o interesante? No es común, entonces, que veamos un ortromano obligado a realizar una práctica para él desagradable, si este prefiere dormir, no será fácil disuadirlo. Si se intenta ahorrar tiempo de cualquier manera, es sólo para derrocharlo al máximo aunque sea en una efímera experiencia relevante para cada uno. ¿Quién se sorprendería al enterarse que el trabajo de un relojero es fundamental y casi divino en esta curiosa ciudad?

Los relojes son la mejor manera de contabilizar y administrar el tiempo, y para estos ciudadanos cada vuelta de las manecillas es vital. Tal vez estos sean los objetos más lujosos, significativos y brillantes que lleva la gente encima. Miles de diseños diferentes, colores y formas diversas, con ornamentos o simples, de todos los tamaños y pesos, todos hechos y diseñados a mano para una y sólo una persona, en fin un objeto que representa al individuo de la más personal manera. Sin embargo, como cualquier máquina los relojes no son perfectos y deben recalibrarse. Nada más doloroso que un reloj retrasado que nos engaña y nos condena a perder nuestro tiempo. Diariamente los relojeros reciben la visita de decenas de personas que sufren por el desgaste o destiempo de sus amigos, o por lo menos que creen tener estos problemas.

Muchas de estas horas y minutos sagrados son empleados por los ciudadanos en los elegantes teatros del sur que presentan y anuncian una y otra vez las mismas obras que nadie conoce y nadie recuerda. Otros prefieren perder su tiempo en cómodos salones de muebles elegantes con lámparas acogedoras, mesas que despiden un fuerte y agradable olor a madera y bebidas calientes o alimentos simples y costosos que atraen a

los de relojes más elegantes. Los Acogedores, creo que les llaman. Finalmente están los que se beben las horas en las Tabernas del Norte y se reúnen para reír y perder la conciencia voluntariamente tras ahogar sus pensamientos en alcohol.

Todos estos edificios importantes. Sin embargo la construcción más emblemática, gigantesca, impactante, sagrada, prepotente, y demás adjetivos de exaltación, es La Biblioteca Central. Yo que he sido parte tanto de un mundo como del otro, puedo asegurar que esta biblioteca no se parece a ninguna otra que exista. Quizá tenga un mayor parecido con una gigantesca catedral. Está construida sobre una base cuadrada que se alza metros y metros hacia arriba hasta terminar en una cúpula convexa de grandes ventanales. Toda la estructura está colmada de adornos y salientes, picos, columnas y ramas de acero que se enrollan en sí mismas formando un círculo interminable, que parecen estar organizados sobre un gigantesco panel/vidrio traslúcido de tonos azules y púrpuras, que con mucha atención permitiría ver a través de él. En el frente se encuentran las puertas de madera tallada y gruesa con adornos similares en acero, que las hacen ver pesadas y prohibidas, aunque la mayor parte del tiempo permanecen abiertas.

Al entrar a la Biblioteca, se aprecia de inmediato su grandeza y su aura mística, todo metódicamente organizado y en perfecto estado. Altísimas estanterías llenas de libros parados unos junto a otros sin ningún orden aparente se organizan en dos hileras cerca unas de otras por su lado más largo, y separadas de la hilera opuesta por un pasillo medianamente ancho. Cinco o seis estanterías conforman cada fila, todas llenas con libros por ambos lados. Los grandes anaqueles de madera pretenden estar recostados contra las paredes de los lados de la construcción, sin embargo sólo un par de ellos tocan realmente la pared, pues las demás apuntan a dos habitaciones cuadradas unidas a la sala principal, y las estanterías deben permanecer como islas en el medio del edificio. Dos de estas habitaciones se encuentran a cada lado del espacio principal, y cada una está separada de la otra por una sólida pared; completamente iguales entre sí, sus únicas tres paredes están ocultas tras nuevos anaqueles, igualmente llenos de libros. Por todo este piso se encuentran repartidas aparentemente de forma aleatoria varias sillas, donde cualquiera puede descansar.

En el extremo opuesto a las puertas principales se encuentran dos escaleras circulares, opuestas pero iguales, cada una hacia un lado de la habitación, y separadas por un frío muro. Los escalones conducen a una segunda planta que se encuentra muy arriba del primer piso. La entrada a las escaleras está cerrada por un grueso cordón marrón y además es constantemente vigilada, pues no está permitido subir. Sólo los Intérpretes se pasean por aquel segundo nivel, y es allí donde trabajan

continuamente, sumidos en un hermetismo tanto misterioso y fascinante como desconfiable.

Todos los libros de la Biblioteca son diferentes entre sí. Unos grandes y gordos, otros casi diminutos, de portadas verdes y marrones, hojas amarillentas y delgadas, creando un mosaico abstracto en cada una de sus repisas. Solo comparten algo en cuanto a su aspecto, ninguno, ni uno sólo de ellos tiene inscripciones en su exterior, sin título ni autor; aún por dentro permanecen en blanco aquellas primeras páginas, la única manera de enterarse de su contenido es arriesgarse a leer los relatos que allí se encuentran.

¿Por qué alguien entonces consultaría estos libros misteriosos en todo sentido? ¿Por qué siquiera aventurarse a leer algo que puede que lo único que nos obsequie sea un sentimiento de arrepentimiento? ¿Por qué lanzarse de lleno sin dudar? Simple. Para todas estas personas que visitan continuamente tan fascinante edificio los libros no se reducen a historias ficticias, para ellos son oráculos, videntes, sus vidas mismas podrían estar plasmadas en aquellas páginas.

Todos los habitantes de la ciudad están entregados a una única fe, absoluta e indiscutible; no existe nadie allí que vaya en contra de los principios y las ideas que esta propone. Se honra y venera a un solo dios; a una sola diosa en realidad: Nalla.

Nalla es la diosa universal, dueña y señora de todo lo existente, inmensa en poder y sabiduría, capaz de cambiar el mundo a su antojo cuantas veces quiera y de la manera que desee. En ella recae el destino de absolutamente todos los ortromanos, es ella quien puede brindarles alegrías y regocijos, o pesares y tormentos. Ella no controla los vientos o las lluvias, no genera terremotos o inundaciones, no crea ni destruye por voluntad. El único oficio y don de Nalla es escribir. Casi ininterrumpidamente la magnífica diosa llena con su pluma el inmenso pergamino que descansa enrollado frente a ella, y con sus fantásticas historias expande su volumen del destino.

La diosa tiene una imaginación rápida y poderosa, que le permite relatar innumerables leyendas, una tras otras, todas igual de arbitrarias y, a primera vista, inofensivas. Hazañas de héroes, castigos severos, rescates imposibles, aventuras catastróficas y demás narraciones componen su arsenal de misterios y hados. Pues todas estas historias no se limitan al papel, o a la imaginación de esta gloriosa dama; aunque ella no sea consciente de ello, o no sienta nada al respecto, todos sus relatos se vuelven realidad con el tiempo, todo cuanto ella escribe le sucede a alguno de los temerosos habitantes de Ortro, y azarosamente la diosa condena a todos sus creyentes a cumplir un destino impuesto por sus

fantasías y la suerte.

Nadie, ni siquiera ella, sabe qué destino le corresponde a cada quien, pero saben a ciencia cierta que es imposible escapar, tarde o temprano alguien morirá de forma inesperada y otra persona recibirá sin razón su riqueza. Es por esto que existe La Biblioteca Central, donde todos consultan los incontables libros que contienen las historias de Nalla, con la esperanza de que coincidan con sus respectivos futuros, o de que influyan de alguna forma en él. Es aquí donde intervienen los Intérpretes, aquellos ancianos con aires de grandeza que entienden y transmiten las palabras de la diosa, plasmándolas en aquellos grandes volúmenes.

Incluso yo he recurrido a este magnífico oráculo en mis momentos de desespero y desconsuelo, en busca de una aventura, algo que le diera significado a mi vida y me liberara de esta prisión que soy yo mismo, esta prisión que es Ortro. En efecto fue la diosa quien me encomendó el abandonar este monótono lugar, para que el mundo me mostrará cómo es en realidad, para que yo le mostrara al mundo quienes somos nosotros. Es gracias a ella que ustedes ahora saben de nosotros, de no ser por el oráculo, ustedes estarían leyendo cualquier otra cosa, en lugar de esta singular historia.

Santiago Rodríguez Camargo